

atraer su bendición para el sostenimiento de la paz y prosperidad del imperio. No se sabe bien en que consistía este juramento; pero se cree que los Romanos habían hecho jurar á los bárbaros por la cruz, ó por otros misterios de nuestra religión, y que por su parte ellos habían jurado por los falsos dioses de estos bárbaros. Tal proceder era contra todas las reglas; y por esto él se queja de que habían dejado tocar á los paganos aquello que nosotros tenemos más santo y más sagrado, y de que los cristianos habían tomado parte en las sacrílegas abominaciones de los idólatras, lo que hasta entonces no había tenido ejemplo; y sólo podía venir de la debilidad de la fé de aquellos que lo habían hecho, ó de su ignorancia en los principios de la religión. La respuesta que al objeto recibió de parte del emperador respondió también al interés que él tenía para la ley de Dios, que su corazón quedó lleno de consuelo. El mismo dijo que la alegría que por ello recibió, le había servido mucho para curar de una enfermedad que entonces padecía.

Este gran Santo ordinariamente apoyaba las poderosas razones que empleaba para combatir los vicios y exhortar á la virtud, con pasajes de la santa Escritura, la cual en las diferentes cartas que ha escrito casi la ha explicado toda entera. También empleaba ejemplos, y citaba hechos particulares, que se hubieran perdido por el olvido de los hombres, si él no nos los hubiese conservado.

Entre otros recordamos uno, que cubría de vergüenza al paganismo y hacía sentir todo el horror de sus supersticiones. Los paganos se gloriaban de haber recibido del cielo algunos de sus ídolos, como la diana de Efeso y muchos otros; pero él nos dice que no encontraban medio alguno de hacer correr estos falsos rumores entre el pueblo, sino matando á los artifices que habían construido estas estatuas. Al efecto cuenta que uno de los Ptolomeos, rey de

Egipto, había tenido la misma locura por una diana que había hecho construir en Alejandría, á la cual había erigido bajo un nombre que significaba que no había sido contaminada por la mano de artífice alguno. Mas como aquellos que habían trabajado en ella habrían podido descubrir su impostura, cuando la hubieren concluido, les hizo preparar un festín en un lugar que había sido espresamente subcavado, en el cual fueron todos abismados. No obstante, la cosa se averiguó, y para cubrir la maldad de una acción tan cruel, Ptolomeo todos los años les hizo celebrar pompas fúnebres.

Ahí va también un ejemplo de conversión muy edificante que aprendemos de él. Un hombre joven estaba perdidamente enamorado de una virgen cristiana muy sabia, la cual no correspondió á su pasión. Al contrario, fuera para curarle de ella, fuera para evitar sus persecuciones, se hizo cortar los cabellos, cubrió su rostro con lodo de cenizas, y en este estado lo hizo entrar en su habitación. Esta vista lo movió de tal manera, que se obró en él un cambio repentino, su pasión se extinguió, y después amó tanto la castidad como antes había amado la criatura.

Ahora conviene hablar de sus trabajos por la fé y de la defensa que hizo de san Juan Crisóstomo contra Téofilo de Alejandría y san Cirilo, de quien era pariente. Lo haremos en pocas palabras, pues lo principal que nos proponemos es hablar de sus virtudes y de su doctrina espiritual.

Compuso un escrito contra los Gentiles, para hacer ver la vanidad de las adivinaciones de que se servían, demostrando también en él por que designios de Dios los malos ordinariamente son dichosos en este mundo, y los buenos afligidos. Remite á lo que había dicho en esta obra, sobre la dificultad que le había propuesto el conde Herminio referente á la adversidad de los justos sobre la tierra y á la prosperidad de los pecadores. Demuestra también en mu-

chas de sus cartas, que la religión de los paganos sólo tiene caracteres de falsedad; que sus libros no contienen mas que fábulas, extravagancias, invenciones soberanamente despreciables, mientras que la religión de los cristianos tiene todos los caracteres de verdad que combaten á los otros, y que nuestros libros sagrados no contienen más que verdades sublimes que imprimen respeto; de suerte, que basta comparar nuestras Escrituras con las de los paganos, para conocer pronto que la verdadera religión sólo es la que nosotros profesamos.

Refuta á los Judíos con las profecias. Explica los misterios de la Trinidad y Encarnación en muchas de sus cartas, en las cuales combate á los arianos, sabelianos, nestorianos, maniqueos, marcionitas, montanistas, novacianos, origenistas. Sobre esto se puede decir que sus cartas forman un cuerpo de doctrina dogmática, que no solo sirve para confundir, á los herejes que le precedieron y á aquellos que hicieron temblar á la Iglesia de su tiempo, sino que también nos ha servido de defensa contra las herejías que se han levantado después sobre la necesidad de la gracia, sobre el bautismo de los niños, la presencia, real de Jesucristo en la Eucaristía, el honor debido á la santísima Virgen y á los Santos, el respeto que se debe á las reliquias, las ventajas de la virginidad sobre el matrimonio, etc. Sobre esto se pueden ver los autores que han tratado de los escritores eclesiásticos, y en particular Dupín, quien habla de los escritos de san Isidoro, con mucha extension, y quien ha distribuido la materia de sus epístolas en muchas secciones, lo que nos ha servido mucho para formar el cuerpo de su doctrina espiritual que luego daremos.

Pero ved abí en concreto un extracto que este autor nos ha dado de algunos trozos de sus cartas referentes á la necesidad de la gracia y de la libertad del hombre. « La

naturaleza humana, dice, ha recibido muchas gracias; y al hombre toca el hacer buen uso de ellas. Es necesario que el trabajo del hombre concorra con la gracia, como la industria de los marineros secunda los vientos favorables. Es propio de la Providencia de Dios el socorrernos, pero nosotros por nuestra parte también debemos trabajar. Nosotros, dice en otra carta, nosotros somos los que causamos nuestra condenación, y Jesucristo es el que causa nuestra salud; pues él es el que nos ha dado la justicia con el bautismo, nos ha librado del suplicio que merecíamos y nos ha colmado de sus dones; pero todas estas gracias nos serán inútiles, si de nuestra parte no hacemos cuanto está en nosotros. El hombre, dice también en otro lugar, necesita los auxilios de Dios para cumplir las mismas cosas que parecen depender de él; pero esta gracia no falta á aquellos que por su parte hacen lo que pueden; pues si la divina Providencia excita y exhorta á los que no quieren hacer el bien, con cuánta más razón no concederá los auxilios necesarios para obrar bien á aquellos que tienen buena voluntad y hacen cuanto pueden? Sin embargo no conviene que el hombre se atribuya el bien que hace; todo lo debe atribuir á la gracia; de otra manera de nada le serviría cuanto hiciera. « Hay autores, en particular Nicéforo Calista, que han creído que había sido discípulo de san Juan Crisóstomo. Esto es muy incierto; pero si no tuvo la dicha de ser formado por su mano, la tuvo de justificar su santidad y su doctrina, y de declararse sin embozo y con vigor el defensor de su inocencia. Hé aquí lo que dice en una de sus cartas: « Los escritos de Juan, de ese hombre de una sabiduría incomparable, se han esparcido por todo el mundo; han surcado los mares y han sido admirados en todos los países, llegando á las mismas extremidades del orbe. Pues ¿quién no ha sido tocado y penetrado leyéndolos? Quiénes son

aquellos que le han sucedido, que no se hayan creído en el deber de dar gracias á la divina Providencia por haber nacido en un tiempo en el cual se han podido aprovechar de ellos, y que no hayan dado á la armonía de su elocuencia una completa preferencia sobre todo aquello que el paganismo tuvo de más ilustre? Sin duda no son las bestias á quienes ha dejado atónitas con su música divina (como se cuenta de Orfeo), sino que ha endulzado las costumbres de los hombres bárbaros; él los ha suavizado; ha cambiado su ferocidad en mansedumbre, les ha inspirado una cultura y una suavidad que jamás habían tenido. »

Hablando de su libro *del Sacerdocio*, se espresa en estos términos: « Nadie hay que no se penetre del amor de Dios al leerlo; no solo hace sentir toda la grandeza y dignidad del sacerdocio, y la dificultad de hacerse digno de él, sino que también hace ver cuanto importa ser santo para atreverse á aspirar á tal estado. Este insigne patriarca, que se puede considerar como el intérprete de los secretos de Dios, y que se le puede llamar con justo título el ojo de todas las iglesias, compuso su obra con tanta elevación, sabiduría y exactitud, que todos los sacerdotes, tanto los que responden á la santidad de su carácter por su piedad, como los que lo envilecen, en cualquier forma, con su negligencia y relajamiento de su vida, pueden encontrar en élla ya las virtudes que deben practicar, ya las faltas que deben evitar. »

En fin, hablando de su *Comentario sobre la Epístola de san Pablo á los Romanos*, dice que encierra un tesoro de ciencia, y que si este Apóstol se hubiese querido explicar con alguna elegancia exterior, hubiera escogido para esto la lengua de esta boca de oro.

Basta tener algún conocimiento de la historia eclesiástica, para no ignorar cuanto san Crisóstomo sufrió de parte de Teófilo de Alejandría, jefe de sus perseguidores,

y cuanto se resistió san Cirilo, nieto y sucesor de Teófilo, á incluir en los sagrados dípticos á este santo doctor, por un perjuicio que por fin san Isidoro lo desvaneció. Pero nada hay más fuerte que aquello que este escribió á Simaquiio sobre el proceder de Teófilo. Por mas que fuera su aliado, no lo perdonó, porque la gloria de Dios estaba en ello demasiado interesada, y convenía que la inocencia de san Juan fuese reconocida y justamente vengada. « Vos queréis, dice, que os hable de la tragedia de Juan, de este hombre divino: yo os confieso mi impotencia; no solamente me faltan términos para esto, sino que mi espíritu se pierde en ello. Todo lo que os diré en pocas palabras, es que parece que el Egipto en todos los tiempos ha estado en disposición de cometer las injusticias más viles y perversas, despreciando á Moisés y siguiendo las inícuas órdenes de Faraon. Allí se azotaba á los inválidos, se les oprimía con el trabajo, se les obligaba á edificar villas, y no se les daba salario alguno. En nuestros tiempos también se ha renovado esta terrible vejación; pues en estos dias se ha visto un Teófilo, hombre devorado por la pasión de edificar, y ávido de oro, que consideraba como su divinidad, unirse con otros cuatro que se pueden llamar apóstatas como él: se le ha visto, digo, atacar á este hombre tan piadoso y esclarecido en las cosas divinas, para satisfacer aún más con esta maldad el odio que había concebido contra aquel que lleva el mismo nombre que yo (este era Isidoro de quien hablamos en otra parte). Pero comparando á Juan con Teófilo, observad que entre ellos sucede como entre la casa de David y de Saul. La de este último se extingue, mientras que como la casa de David, la reputación de Juan va creciendo, por mas que después de haber sido agitado por las tempestades de esta vida, haya por fin llegado felizmente á la mansión de la paz celestial de la que goza dichoso. »

San Cirilo prevenido contra san Juan Crisóstomo, y demasiado adepto al sentimiento de Teófilo, rehusaba, como hemos dicho, poner después de su muerte su nombre en los sagrados dípticos. Sin embargo salió de su error, no permitiendo Dios que un hombre tan santo, que en esta ocasión se resintió de la flaqueza de sus luces naturales y de la fragilidad humana, fuese por mas tiempo seducido por sus prevenciones. San Isidoro le escribió fuertemente, según Nicéforo; y á esto se debe que el cardenal Baronio relata aquello que le escribió en estos términos<sup>1</sup>: « Yo me he horrorizado por los ejemplos contenidos en las divinas Escrituras; pero no me he visto menos obligado, en cuanto es necesario, á decir la verdad. Porque, si yo soy vuestro padre, pues vos me dais este título, no quiero ser condenado como Helí, quien dejó de reprender á sus hijos cuando pecaban; y si soy vuestro hijo, como yo mismo lo reconozco, temo sufrir la pena de Jonatás, quien no disuadió á su padre de consultar la Pitonisa. Deponed, pues, todo resentimiento, ya sea para que yo no me condene, ya para que no os condenéis vos mismo; no venguéis vuestras propias injurias sobre los muertos, por temor de dañar á la Iglesia militante, eternizando las disputas bajo el pretexto de piedad. »

Nunca concluiríamos, si entrásemos en detalles sobre los trabajos de este gran Santo para la defensa de la Iglesia; basta decir en general, que empleó todos los medios que su celo y su caridad al efecto le inspiraron, y que para un fin tan glorioso no perdonó ni las dulces exhortaciones, ni las más vivas amonestaciones. Se puede ver en la *Historia Eclesiástica* lo que escribió al emperador para la libertad del concilio de Efezo, lo que también escribió contra Nestorio y contra la herejía de Eutiques, y

<sup>1</sup> Tillemont quiere que sea por otro motivo, T. XV, p. 112.

aquello que hizo para conducir á diferentes herejes á la fé ortodoxa. No entramos aquí en esta discusión, habiéndonos propuesto principalmente las virtudes de los santos solitarios, y no las disputas que se han levantado con motivo de la religión, en las cuales algunos de ellos entraron con éxito para defender la verdadera fé contra los enemigos de la Iglesia Católica.

Es tiempo de llegar á su dichoso fallecimiento. Hacía ya muchos años que suspiraba por este momento que debía librarlo de las miserias de la vida, y procurarle la corona de manos de aquel cuya gloria y servicio habían tenido su corazón ocupado. Todo conspiraba á hacerle desear esta última hora. Por una parte, el fervor de su amor y el desprendimiento de todas las cosas de la tierra en el cual había vivido; por otra, este celo que le devoraba y que le hacía sufrir mucho viendo la injusticia y la maldad de los hombres, sobre todo las perturbaciones que los herejes causaban en la Iglesia; pero lo que le debió hacer sentir más el rigor de su destierro sobre la tierra, y desear con más ardor verlo concluido, fué sin duda el progreso que la herejía de Eutiques hizo en Egipto después de la muerte de san Cirilo, en tiempos de Dióscoro su sucesor, quien fué desgraciadamente infectado de este error é infectó esta extensa provincia. San Isidoro no pudo verlo sin quejarse amargamente á Hermogenio, obispo de Rinocorura<sup>1</sup>. Había antes manifestado á un solitario, en una enfermedad que había tenido que al principio se había alegrado de ella, por parecer que le quería apartar de las tempestades del mundo; pero que Dios había querido que permaneciera en medio de las olas. En fin, llegó su tiempo deseado, y esto

<sup>1</sup> Rinocorura ó Rinocolura, villa de Egipto sobre el Mediterraneo, está cerca la frontera de Palestina. Se llamó así por ser malhechores sus primeros habitantes, á donde un rey Egipcio los había mandado después de haberles hecho cortar la nariz. Hoy se llama Il Ariah.

fué, según la conjetura de Tillemont, cerca del año 449 ó 450, lo que supone que vivió largo tiempo; pues era viejo desde el tiempo de san Cirilo, quien le llamaba su padre, y no obstante aun tuvo el dolor de ver los progresos que la herejía de Eutiques hizo en Egipto en los días de Dióscoro su sucesor.

No debemos omitir que Severo, sectario de Eutiques, y quien usurpó la silla de Antioquía, en 513, intentó difamar al Santo, quien se había declarado tan públicamente contra los errores de este heresiarca, y que no habiendo podido llegar á inventar nada de verdad contra él, se había atrevido á acusarlo de origenista. Pero forzado por la verdad y atormentado aparentemente por los remordimientos de su conciencia que le reprochaba tan odiosa calumnia contra este santo varón, por fin se había retractado. Esto es cuanto aprendemos de Etéfano Gobar, el Triteita, citado por Focio.

---

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN ISIDORO DE PELUSIA.

Este gran Santo escribió prodigiosamente para la gloria de Dios y defensa de la Iglesia, para el sostenimiento de aquellos que eran injustamente perseguidos, para la conservación de la disciplina y para instruir á todos los fieles. Persiguió al vicio con un valor apostólico doquiera que lo encontrara; habló en favor de la virtud con una energía sin ejemplo, y como hemos dicho ya, retrató en su persona la de Elías por su ardiente celo, y la de san Juan Bautista, por su poderosa voz que hizo oír desde el profundo de

desierto. Sus cartas forman la principal parte de sus obras. *El Menólogo* de los Griegos y el de Nicéforo hacen llegar el número de ellas hasta diez mil. Suidas cuenta tres mil de ellas sobre la explicación de la Escritura; y había siete mil más sobre diversos asúntos. Los *Acemetes* de Constantinopla recogieron dos mil de ellas, que distribuyeron en cuatro volúmenes de quinientas cada uno. Estas parecen ser las mismas que hoy día dividimos en cinco libros, de los cuales los tres primeros son de la traducción del abad de *Billy*, el cuarto de Rittershusio, célebre jurisconsulto, y el quinto del Padre Andrés Scoto, de la Compañía de Jesús.

Nos apartaríamos del fin que nos hemos propuesto en esta obra, si quisiéramos dar aquí extractos de las cartas que se refieren á la Escritura Santa ó al dogma. Bastará referir algunos consejos de san Isidoro sobre los deberes de los diferentes estados, sobre las virtudes cristianas, y principalmente sobre las obligaciones de la vida monástica.

Hablando de la excelencia del sacerdocio dice, que está por encima del poder temporal, porque el obispo gobierna las almas, mientras que los príncipes sólo tienen poder sobre los cuerpos. Pero, añade, si ignorando ó cerrando los ojos á las obligaciones de su ministerio, descuida la cura de las almas, y no piensa más que en edificar palacios, ó en vivir en el lujo y en las delicias, ó en amontonar tesoros, que sepa que no envilece su dignidad siempre grande por sí misma; sino que se degrada y se envilece á sí mismo.

El obispo, dice en otra carta, debe comprender sus deberes por el nombre mismo de su dignidad. Siempre debe tener el ojo abierto sobre su ley. Debe defenderla contra los ataques de las bestias feroces, que son invisibles ú ocultas. Debe remediar los defectos de su clero, el relajamiento de los monjes, las calamidades de las viudas, las necesida-